

DESDE EL FIN DE LA TIERRA

Finistère, agosto de 1907.

La primera carta que recibí cuando mi llegada á París, era una carta de Rubén Darío. Anoticiado de mi viaje, me escribía desde Bretaña, invitándome á conocer ese país rústico y bello, donde perdura el catolicismo pagano de los primeros tiempos, en torno á los menhires y los dólmenes de la leyenda drúidica. A quien venía como yo de la América ya descubierta, no podía un poeta ofrecer en Europa lugar más propicio á ensueño, que aquella extrema costa occidental donde confinaba el mundo conocido de los antiguos, y donde el ignoto Océano bosquejaba en la línea de los cielos, fabulosas comarcas, ó murmuraba al tímido navegante del Mediterráneo, la historia de Atlántidas, desaparecidas, y nebulosas Thules, y Ophires opulentas... Cierto que hoy se va en tren rápido desde la vieja Lutecia hasta el Gran Mar, antaño quimérico, y que el arcaico «Finis-terre» de las cartografías, como en el Cabo español, es apenas una designación histórica en los actuales ma-

pas de Francia. Pero eso qué importa, si aún se tiene ojos para admirar marinas y paisajes que los artífices del pincel han venido siempre á buscar en las playas bretonas; si aún se tiene gusto para saborear las fresas y los higos que brotan en los huertos semisilvestres de su tierra; si aún se tiene oídos para escuchar la nocturna voz oceánica cantando exámetros rotundos contra el negro balsalto de las riberas; si aún se tiene olfato para deleitarse por la mañana en el perfume herbario que trae la brisa de los campos, ó en el aliento de las algas húmedas que impregna el ala de los vientos marinos... Y tanto mejor aún, si, junto á esa avidez sensual que hace sorber por todos nuestros poros el goce de la vida al contacto de la Naturaleza, traéis un poco de austera reflexión para estudiar el alma ruda de un pueblo impermeable á los refinamientos parisienses, y un poco de fantasía plástica para reanimar á lo largo de estos caminos silenciosos, y en lo interior de estas grutas encantadas, los seres de misterio y de leyenda que han dejado aquí, en gentilicia comunidad con los hombres, treinta siglos de teurgia y de religiones.

El tren sale de la estación Montparnasse y tarda diez horas en llegar á Brest, término del viaje. Si preferís hacerlo de día, el camino os prepara el ánimo para las evocaciones. Aparecen primeramente, á lo lejos, en panorámico declive, las crespas arboledas de Versalles; en seguida se llega á Chartres, donde se puede ver desde la ventanilla la catedral famosa; y camino adelante, después de Rennes, estamos ya en el Finistère, riñón de la Bretaña. Toda la campaña francesa es

accidentada, y nuestro ojo hecho al plano y á la curva inmensa de la pampa, experimenta una sensación del todo nueva ante el paisaje que se desnivela en mórbidas colinas. No es la pedregosa serranía de Córdoba, ni la montaña de Tucumán, vestida de bosque tórrido. Hay una simetría y una gracia urbanas en esta vaga dispersión de alcores que va el convoy cruzando á la carrera. Los rieles, en su geométrica longitud, entran de súbito en un túnel negro donde reina la noche; ó corren por un puente de hierro que deja en lo hondo un valle y un arroyo; ó pasa por una garganta abierta á pico, donde crecen el musgo y los helechos en las altas paredes humedecidas por la lluvia. Pero lo que substancialmente diversifica esta campaña de la nuestra, es la profusión de aldeas, todas con su vetusto campanario, que aparecen, paso tras paso, á la vuelta de esas colinas; y la lisa banda blanca de los caminos carreteros, cortando aquí y allá las siembras, entre aldeorros y granjas y ciudades; y es, por fin, la falta del latifundio, del alambrado y del rodeo criollos, pues la expansión total de los cultivos ha colmado aquí los campos, y el trigo, el lino y las verduras se suceden en apretados cercos y tablones, donde rige un aliño de hortaliza doméstica. Acentúa la diferencia el ver que son mujeres las que carpen aquella tierra ó recogen sus frutos. Tienen la cara hombruna y el mirar bovino esas labriegas de toca y falda corta que ven pasar el tren apoyadas en el cabo de sus tridentes. La inclinación del suelo permite ver de plano los sembradíos y hasta los patios de las chozas, y así va, como una cinta cinematográfica, desenvolviéndose el panorama... De pronto, allá

abajo, á nuestros pies, en la confluencia de dos pequeños ríos, y vista desde un alto viaducto que pasa sobre ella, aparece Morlaix, ciudad con secular historia de guerras anglo-francesas... Adelante de Morlaix siguen el campo y las aldeas. A medida que nos acercamos á Brest la tarde va de más en más velando la campiña; y al ver en la penumbra crepuscular figuras que marchan por los solitarios senderos, rumbo á su aldea, se adivina en la unción del ámbito la voz de un Angelus devoto gimiendo sobre los predios y las alquerías comarcanas...

Pero he aquí que la ciudad de Brest os proporciona una impresión completamente diversa: aquello es eglógico, esto es marcial. Rubén Darío me espera en la estación, y tras el abrazo en que le concreto todos los mensajes que le traigo de amigos y camaradas de Buenos Aires, disponemos la marcha. Para ir á Quélern-en-Roscanvel, donde tenemos casa, mar y campo, es necesario aguardar el día y hacer el resto del camino en barca. El agua, los murallones y las fosas que rodean á Brest, no sólo la defienden, sino que la aislan del país. La ciudad, considerada el primer puerto militar de la Francia, no es seguramente como la imaginó su fundador bretón, sino como la quiso Richelieu y como la comenzara Vauban, el constructor de fortalezas. En vano fué que en el siglo XVII, su pueblo misonista como ahora, se opusiera á las obras que entonces la defenderían de los ingleses y que, terminadas, serían reducto inexpugnable para los alemanes. El que entra hoy en ella se reconoce en un cuartel. Su edificación es uniforme y de varios pisos como en todas las otras

ciudades de provincia, y se ve vagar por sus ace-
ras, mujeres de corseletes recamados y grandes
tocas blancas, y hombres con chaquetas negras
de pana, cortadas á la torera, encintados los cha-
peos y con borlas á la espalda; pero todo eso no
les presta sino un vago color local, porque la ciu-
dad es desde antiguo, asaz cosmopolita. No se sa-
be, ni siquiera á ciencia cierta, que ancestrales su-
perposiciones de aborígenes y celtas y posibles mi-
graciones marítimas de bárbaros y de navegantes
del Asia, han formado este pueblo bretón, y su
idioma rudo y su alma fiera. Aún hoy tiene Brest
calles de tiendas chinescas y niponas, donde hay
objetos y telas finas del Oriente. Un pueblo de
marineros y soldados pulula en sus calles. Por es-
tos días han estado aquí dos cruceros japoneses, y
un acorazado yanqui y nuestra fragata la Sarmien-
to—y todas las semanas entran al, ó salen del
hermoso puerto, barcas de las más exóticas ban-
deras. Esta plaza fuerte, á pesar de lo moderno
de las construcciones, os da una impresión me-
dioeval, pues hay un gran castillo y murallones
de piedra, y almenas, y clarines, y por cualquier
rumbo que entréis á ella, ha de ser entre puen-
tes levadizos, y hondos fosos, y dos líneas de for-
tificaciones. Al propio tiempo es una ciudadela
del Océano, pues la misma configuración geográ-
fica la defiende por el lado del mar. La Península
de Crozón, se adelanta estriada como un extraño
animal marino, con garfios laterales y una cabeza
que concluye en la Punta de los Españoles—lla-
mada así por tradición de antiguas ocupaciones
hispánicas,—no sé si anteriores á Bertrand Du-
guesclin, el caudillo en la guerra de Cien Años.

La Punta de los Españoles deja, junto á tierra firme, una estrecha garganta que es el único paso del mar exterior á la rada interna. Hay allí faros y cañones, y nuevos fosos y dos pequeñas islas artilladas que la tornan inexpugnable... Durante el día, desde nuestra casa, «La Pagoda», á la orilla del mar y no lejana de aquellas islas, oiremos atambores, y salvas de ensayo que hacen temblar la tierra, y toques de clarín que hacen gemir el aire.

En torno de la ciudad marcial, junto al Océano, vive como en los tiempos medioevales toda una comarca francesa. Ha dispersado sus «chaumières» hechas de piedra y lodo, á lo ancho de las colinas verdeoscurecidas y de los valles apacibles. Es la región que contribuye con la mayor natalidad, al crecimiento demográfico de Francia, y he aquí otro hecho contra los que, preocupados tan sólo de París, argumentan con el maltusianismo de sus matrimonios burgueses. Todos viven en Bretaña de la agricultura y de la pesca; y si en 1898 había más de cien mil mujeres dedicadas á los cultivos de la tierra, las propias estadísticas indicaron más de ciento treinta y cinco mil hombres dedicados á las faenas marítimas. Como en cualquier comarca primitiva, el país depende á tal extremo de la pesquería, que el hambre lo ha flagelado en estos últimos tiempos, cuando la sardina merrió en las antes rendidoras pesqueras, sin que se sepa si ha sido desviada por corrientes oceánicas, ó si ha descendido el pez buscando capas acuáticas de más propicia temperatura. No la afición á las industrias modernas, sino la den-

sidad de la población y el cansancio de los terrenos, han tornado intensivas las labores agrícolas; pero el abono de los campos se hace con algas que extraen de la ribera del mar y que dejan pudrir al sol y al aire junto á la puerta misma de las chozas. La familia tiene á las veces un par de vacas, que juntándose en rehala con las del vecino, van hasta el predio comunal llevadas por rapazueros de boina y almadreñas que, desde los diez años, ayudan ya á los padres. El pescador bretón es uno con su barca, ligero leño de una sola vela, teñida generalmente de color almagra ó sangre coagulada. Tiene la rudeza del lobo y la agilidad del ave, según la frase que se atribuye á Chateaubriand. Sobrio en alta mar, es sensual y borracho cuando vuelve á tierra—siendo el alcoholismo otra de las plagas bretonas. Las mujeres, nada bonitas y de una fortaleza hombruna, llevan cofias blancas que han de ser muy lujosas cuando van á las bodas ó los «pardones». Las cofias tienen en su randa bordados que son flores y estrellas ó signos raros que, según folkloristas, fueron antaño jeroglíficos, hoy incomprensibles, de una lengua sagrada. Las «chaumières» dispersas, agrúpanse á veces en número variable, y esos villorrios tienen extraños nombres célticos, ásperos ó musicales. Las aldeas que yo he visitado se llaman Morgat, Crozón, Saint-Hernot, Cameret, Quélern, Saint-Fiacre ó Le Frêt; pero hay las que se llaman Pleybén, Plobán, Rumengol, Plugastel, Roscanvel—sonidos de cristal y de rabel...

Un fetiquismo de varios siglos pesa sobre esas almas, y llega en el culto á las más groseras formas de la idolatría. El suelo rudo y pintoresco

á la vez, ha contribuido, sin duda, á mantener las supersticiones. Entre dos rocas peladas brota un árbol. El mar entra en los tajos de la costa, y ésta entra en el mar por el declive de sus colinas que álamos y encinares sombrean, ó por cantiles abruptos que, sobre cielos nebulosos y mares resonantes, fingen formas humanas ó fantásticas. Hay en la costa de Camaret, el llamado castillo de Diamante; en Morgat, la boca de Gador; en Dinant, «la puerta de Korrigans»; y en esas mismas grutas de Dinant, la tumba de los Gigantes y el «Boudoir de las Sirenas». Los propios nombres os indicarán para cada uno de esos peñascos ó cavernas, la historia fabulosa, que en las noches invernales de la Chaumière, el viejo abuelo que fué marino y pescador, refiere á los nietos acurrucados junto á la lumbre y temblorosos, como en los cuentos ciertos, por el frío y por el terror del viento que ulula como un lobo en los cercanos pinares. La leyenda embellece con su historia estos sitios; y á diez horas de París, hay, según refiere un autor, las fuentes y piedras milagrosas de Auray-Saint-Ivé, de Kerloas, de Saint-Renan, de Faouët, de Saint-Anne-la-Palud.

Hay además llanuras con dólmenes y menhires de cultos solares ya extinguidos y ruinas de monasterios cristianos como el que dicen queda en el tempestuoso cabo Saint-Mathew—escombro venerable en su ancianidad de ocho siglos. A esta sugestión de los lugares no sería aventurado agregar, como circunstancia conservadora de creencias y costumbres, la salida propia del mar, que ha permitido al bretón vivir en el aislamiento; la persistencia consiguiente de un idioma com-

prendido sólo por ellos; y la protección que el clero y la oligarquía reaccionaria prestan á un estado social que favorece sus logros. Este catolicismo bretón es una espantosa mezcla de religiones orientales y supersticiones gentílicas y ritos romanos. Así el autor de la *Bretagne Païenne* ha podido denunciar que á la iglesia cristiana de Pleyben decórala un Prometeo mordido por el pico y la garra de sus verdugos jupiterinos y profánala un Angel hermafrodita de no sé qué vagos cultos caldeos. En cambio hay en los cementerios campesinos, y á la orilla de los senderos y á la entrada de las aldeas y en el atrio de las capillas, Cristos crucificados y sangrientos, ante los cuales el caminante se inclina en una humilde genuflexión devota. Aquellas efigies dolientes están desbastadas por los besos de la idolatría popular; y una de ellas á nuestro amigo Saint-Paul-Roux, el poeta francés que vive en Camaret, de quien os hablaré en mi próxima carta—ha inspirado una página hermosa dedicada á José María de Heredia. Para esos crucifijos, el campesino de Breñaña musita un «Ave María», así como sabe para los malos genios fórmulas de la kábbala como este conjuro enigmático que no sé si aún se dice, pero que, á título de curiosidad, entresaco de un viejo libro de Jules Janin:

Leshi, les han!
 Baz aun arar a zo gant han;
 Les han, les hil
 Baz aun arar a zo gant hi
 Laisse-la, laisse-la, laisse-la, laisse-la,
 Le bâton du char le voilà.

Ya veis, pues, que la América no tiene por qué ruborizarse de sus campañas más primitivas. El

quichua ó guaraní sobrevivientes, equivalen al idioma bretón; el fetiquismo que aquí se practica supera á las más absurdas supersticiones de nuestros indios y nuestros gauchos, y para acentuar las semejanzas, estas ruinas drúidicas equivalen á la arqueología calchaquí y á todas las petrografías indígenas. Cada día va declinando en mí el respeto al «homo europeus» en que los hombres del Nuevo Mundo nos hemos educado. Nuestras diferencias no han sido sino una cuestión de prioridad en el tiempo; y aun así vamos haciendo en décadas lo que estas partes del viejo mundo no han concluido de hacer en siglos. Creo firmemente que hay en nuestros países una mayor fuerza dinámica en el sentido de lo que hoy se llama la civilización, y tengo la esperanza de que no he de volver sin decirlo en Europa. Si á un azar de la historia hubiese aguardado la expansión imperialista á la cual estaban destinados los Incas, éstos, y no nosotros, serían la «South America» del mundo. Nos hemos acostumbrado á considerar Europa como si toda ella fuese París y Londres y Madrid y Roma, sin fijarnos en que Francia tiene esta Bretaña rutinaria, alcoholista y supersticiosa como Inglaterra, Italia ó España tienen sus campañas irlandesa, napolitana y gallega. Acá en Europa, al contrario, siguen creyendo que toda la América es pampa; y tales son los dos grandes errores que aquí y allí necesitamos rectificar. Cierta que en Bretaña nació aquel de La Tours d'Auvergne que murió envuelto en su bandera, y á quién todas las mañanas se nombra en las listas de su regimiento para que los granaderos contestasen: «Mort au champ de l'hon-

neur!» Cierta que aquí nació Abelardo, cuya tumba fué á visitar en el Père-Lachaise donde él y la mujer que él supo amar reposan á la sombra de un baldaquino gótico y antiguo... Cierta que aquí nacieron Chateaubriand y Renan... ¿Pero no han salido también hombres prodigiosos de los incultos bosques y las abruptas montañas de América? Lo cierto es que, á pesar de todos sus hijos ilustres, este «fin de la tierra» sigue inmutable. El autor de le *Bretagne Païenne*, que antes he citado, es el Conde de Croze, en cuya villa La Pagode, Rubén Darío y yo somos sus huéspedes. Con su planfeto liberal, no ha conseguido, por cierto, convertir estas gentes católicas á una religión más pura. Antes bien, sólo ha logrado que los paisanos de la comarca, seguramente sugestionados por su párroco, le miren con cierta inquietud que, si no me equivoco, es extensiva á la casa—en cuya puerta verde hay una leyenda china en letras rojas,—y extensiva también á sus dos huéspedes extranjeros, sospechados todos de satanismo. A pesar de cien opúsculos liberales, Bretaña sigue pensando como un poeta suyo, Joseph Rousse, autor de las *Poesías Bretonas*, que menciona el abate Millón en sus polémicas, al citar con elogio estos dos alejandrinos, de una factura demasiado escolar, pero que expresan suficientemente el alma encogida y la prudencia política en estas regiones:

«Du passé qui s'éteint, gardons quelques lumières
«Faisons ce que avant nous, ont toujours fait nos pères

Y así la grey sigue venerando á sus sacerdotes como los veneraron sus abuelos, y sigue pagando

en francos el honor de llevar la cruz procesional en los Pardones, y sigue dando al cura, ministro del Señor, su diezmo en trigo, huevos y gallinas; y sigue prefiriendo para sus males el agua de las fuentes milagrosas y la farmacopea de sus 312 santos medicinales, entre los que figuran Budoc, Alain, Colombain, Egonec, Coman, Gaazec, Cuger y Magen—los santos familiares que llegaron del legendario Océano en la nave encantada de Lewias el piloto...

LA TRADICION DE ARMORICA

Querlen-en-Roscanvel, agosto de 1907.

El sol es de oro, el cielo de topacio, de esmeralda la onda: luz, firmamento y agua, en este sitio de la vieja Armórica, están bellos hoy como en un paisaje de soneto; y al dulce amor de una mañana de estío, voy caminando por la ribera del mar. La marea baja ha desnudado la playa, y marchó sobre la arena recogiendo al azar extrañas conchas de formas turbadoras, como en el madrigal verleriano, ó piedrecillas que simulan ópalos entre la cabellera de las algas húmedas que el gran reflujo de las olas despeina. Ante mis ojos se abre un ancho panorama de Campo Elíseo; de un lado la alta costa donde está nuestra «Villa La Pagode», entre amable decoración de jardines; del otro la ensenada que se extiende desde la Punta de los Españoles hasta la Isla Larga, toda el agua como bruñido metal, seda ó azogue. Andando, andando, andando, llego hasta la ribera de una ría, á cuya vera tiende su red á la onda, un viejo pescador de cara céltica. Hay sobre la ría un puente, ó paso de enormes piedras toscas, y al escalar so-

bre ellas, mis ojos van buscando por tierra y mar la gama de lo verde, desde la copa umbría de los pinos costeros, hasta el claro cristal de la onda glauca. Al pasear la mirada, advierto que el pescador bretón observa con asombro mi inhabitual presencia. El está en mangas de camisa, y arremangados hasta más alto de la rodilla los calzones, hunde en el vado las velludas piernas. Un sombrero de paja de anchas alas ensombrece su frente, pero el sol matinal que se refranje en los invisibles prismas del éter y se refleja en el espejo del agua, da á su rostro de piel sanguínea y barba taheña, una rojiza coloración que, al contrastar con la luz y el verde circundantes, me hace comprender el efecto de verde y luz que tan absurdo solía parecerme en ciertas marinas de Sorolla... Y pues la maternal Naturaleza acerca á sus hijos los poetas y los pescadores, al encontrarnos los dos solos ante los cantiles de basalto y el desierto del mar, nos esbozamos un saludo, y yo se lo comprendo no por los vocablos que masculla, sino por el ademán de la mano con que se toca el sombrero. Acaso ha picado su curiosidad este hombre solitario que no es rubio como él, y que va recogiendo caracoles y piedras por la playa. Venciendo entonces su timidez campesina, inicia él mismo el diálogo.

—Hermoso está el mar.

—Hermoso...

—Y linda la mañana.

—Linda...

—¿Paseando?

—Sí, viejo, respirando aires marinos.

—Eso es bueno, cuando se viene de la ciudad.

—Y cuando se trabaja mucho en ella.

—C'est ça—exclama el viejo al oirme, moviendo filosóficamente la cabeza.—El sabe lo que es el aire de su costa bretona; aún está fuerte á sus años, y rudo lobo de mar, pues fué marino, conoció en sus mocedades pueblos remotos, hasta en la ribera del Asia. Le aviso entonces que yo vengo de un país lejano, y al oír el nombre de América, su alma de navegante se despierta y escucha con embeleso, rememorando silenciosamente quién sabe qué íntimas nostalgias, mientras sus ojos miran hacia el lado del mar. Averigua más tarde que resido en París, y me pregunta si soy «estudiante», y le respondo que sí, y no lo engaño, pues tal ha sido siempre mi verdadera profesión ante la esfinge del mundo. Después de tales confidencias, llego á pensar que nos hemos hecho amigos, y como he aprendido, vagando por mis selvas santiagueñas, á penetrar en el secreto de las almas rústicas, me atrevo á hablarle de las leyendas del país. Yo sé que en esa tierra se mostrará reservado, pero hallo una particular voluptuosidad en evocar la tradición de Armórica, aprendida en los libros, ante ese rústico pescador de Bretaña, que la realidad y el acaso han puesto ante mis ojos. Le averiguo si es cierto que en Pontgwen hay una Dama Blanca que predice la muerte, y si hay un hombre misterioso en Braspert, el hombre flaco y pálido seguido de un perro, que anuncia las tempestades. Le hablo de la bahía de Duarnenez, donde se hundió la ciudad de Is, y en cuyas grutas encantadas demoran siete días las almas de los pescadores náufragos en las borrascas de alta mar. Le hablo de las ondi-

nas y sirenas que he visto retorcerse al claro de la luna, sobre olas voluptuosas, cerca de las cavernas de Dinant... Pero el viejo pescador elude el tema; y concluida la plática regreso por el mismo puente de piedra y por la playa incrustada de conchas marinas; y á solas ya conmigo y con el mar otra vez, voy sorbiendo al andar yodadas brisas y escuchando el rumor oceánico, mientras de tanto en tanto, el alma mía se estremece de júbilo al descubrir nuevos ritmos verbales en el torbellino de la música eterna...

«¡Tierra de poetas esta Bretaña armoricana!,» medita mi cabeza mientras sigo por el sendero de la costa. Y pienso en la inefable virtud de la leyenda, que flota sobre la tumba de las razas desaparecidas, como el albor de un astro ya apagado continúa brillando sobre las noches de la tierra. Y recuerdo que fueron las sugerencias de esta comarca las que aventaron al azul, las alas del alma de Chateaubriand, cuando aún vivía en el viejo castillo de Combourg; y que hoy las olas del propio mar nativo cantan el canto de la gloria, junto al sepulcro donde duermen sus restos, á la orilla de la Isla de Grand Bay. Fueron también las vagas sugerencias de esta Armórica legendaria, á la cual se agregaba ya el recuerdo del creador de René, las que atraieron á Flaubert á visitar «sus campos y sus playas,» y siendo el escritor de visión más neta y de fantasía más plástica que haya habido en su siglo, concretó la visión semivelada de las grutas maravillosas, los santuarios católicos, los castillos feudales y las ruinas drúidicas, en las páginas de un libro suyo, por cierto menos

leído que la dramática historia de «Madame Bovary». Y es también una tierra de ensueño y de poesía esta Bretaña bretonante, porque á ella se vincula el recuerdo de la caballería y de la gesta, de los paladines de la Tabla Redonda y del encantador Merlín, de los monstruos y los enanos, de las magas que encantaban caballeros y de los caballeros que mataban dragones. Aquí estaba, en el fondo de un lago, el palacio de mármoles y de piedras preciosas donde el hada Viviana secuestró á Lancelote; y aquí el país de dolor donde la bella Genoveva esperase al prometido que marchara á luchar con los gigantes en la lejana Trebizonda; y aquí el reino de luz donde Isolda y Tristán se amaron; y aquí el valle de sombra para donde partían sin retorno los amantes infieles, y aquí la misteriosa selva de tinieblas y de rumores donde corrían el Frion, el Eilorn, el Blovet, las fatales riberas tan sólo conocidas de las hadas y de las druidas...

Evocaba mi mente esas visiones, mientras regresaba á nuestra Pagoda por la ribera del mar bretón. Y tan hermoso está sobre ese mar el día—según lo dice el pescador del puente,—que aprovecharé la linda tarde para conocer en Saint-Herriot el singular espectáculo de los «Pardones», la festividad religiosa más pintoresca de la Bretaña bretonante. Son los pardones una especie de romería popular en torno á las iglesiucas lugareñas, ceremonia pagana y católica bajo la protección del santo preferido, el cual, si bien se observa, no es, para la aldea, sino el antiguo dios penate. Dan su nombre á estas ceremonias, Nuestra Señora de Kerinec, ó Nuestra Señora del Buen Abrigo, ó

Nuestra Señora de la Luz, ó Nuestra Señora del Bon Voyage, y toda la gentilidad politeísta de nuevas diosas en que la imagen de María se ha multiplicado á través de estas almas de pescadores y marinos circunceñidos por los peligros de la tormenta y del mar. Pero por cima de esas deidades, la que merece devoción más humilde en todo el país, y más soberbios pardones, es Santa Ana, á quien están dirigidas estas letanías llenas de una ingenuidad ruda y conmovedora:

Santa Ana, oreja de los sordos,
 Santa Ana, luz de los ciegos,
 Santa Ana, salud de los enfermos,
 Santa Ana, agua de los sedientos,
 Santa Ana, pan de los hambrientos.

Domingo es siempre el día destinado para los pardones. Hay en ellos una procesión por el campo, una función eclesiástica, feria, coros y bailes. En el de Nuestra Señora de los Ciegos, en Huelgoat, la danza dura tres días. En el de Nuestra Señora de Roseudón, en Pont-Croix, se realiza la procesión con antorchas. En el de San Raymundo, en Audierne, se hace la bendición del mar. Me dicen que hay un perdón de los caballos en Rospordén; otro de los isleños en Plogoff; otros de los exvotos, donde los peregrinos van descalzos y con las almadreñas sobre el hombro. Posesionado de esos datos, parto en seguida del almuerzo para Saint-Herlot, pues es la fecha de uno de sus más grandes pardones. Un carricoche me conduce por el camino de Margat, y guía el vehículo un bretoncillo que habla francés con tonada catamarqueña. Salimos de entre los murallones del fuerte militar

de Quelern-en-haut, y entramos, por la vera del mar, en la ruta de Saint-Fiacre. Se ve otra vez la Isla Larga, la Punta de los Españoles, las Islas Artilladas de la rada de Brest. Más allá del bivio donde parte la carretera que va al embarcadero de Le Frêt, la senda y el paisaje, por la península de Crozón hacia la tierra firme, adquieren á mis ojos cariz más halagüeño por su rusticidad. Encinas y pinares ensombrecen bajo sus copas el sendero; alguna cruz de piedra se alza en las encrucijadas; en medio de los trigales amarillos, sembrados de amapolas, se elevan torres de molinos á viento; la brisa de los alcores circundantes, en el ámbito de la tarde resplandeciente de sol, huele á menta salvaje y á romero. Pasamos por Saint Jean, una aldea de veinte chozas, con su vieja capilla sobre la orilla del camino; pasamos por Crozón, pueblo importante, donde en los frontis de sus casucas de piedra se leen antiguas fechas que se remontan hasta el siglo xv. Después de dos horas de viaje, volvemos á ver el mar, frente á la bahía de Duarnenez, donde se hundió la fabulosa ciudad de Is, y donde hoy está el balneario de Morgat, con suave playa y confortables hoteles. Desde el camino ribereño, voy viendo los niños descalzos que juegan en la arena y las blancas gaviotas que revuelan entre las aguas tersas y las cavernas legendarias. A lo lejos se divisa la línea del horizonte sobre las quietas ondas. Alguna barca abre su vela roja sobre la glauca superficie marina... De pronto el mar vuelve á perderse de vista, y entramos otra vez en un paisaje de árboles y chaumières, hasta que allá lejos aparece un humilde caserío...

Es una llanura ondulada la que se extiende ante mis ojos. El polvo desolado blanquea entre las hierbas. En la cima distante de las lomas, sobre cielos celestes, vuelven á destacarse los molinos con sus aspas inmóviles abiertas. El cochero me dice que aquella alquería es la aldea de Saint-Hernot, adonde vamos. Luego, más experto que yo, me hace ver allá, la perspectiva del campo, una faja oscura sobre la que pasa una línea blanca:—es la muchedumbre de la procesión que viene por el camino y esa línea es un efecto de las cofias blancas iluminadas por el sol. Un momento después se oye rumor de rezos y de cantos: el cortejo se acerca, y sacamos el coche fuera de la carretera. Me detengo para verlos pasar. Va á la cabeza el señor cura, acompañado de sus monaguillos, que llevan candelabros, varas y paramentos. Viene después una guardia de siete doncellas vestidas de blanco, envueltas en los velos nupciales que bajan de las cofias: su andar es lento y sus manos portan cirios y flores; son siete gentiles mozas en sazón, de sonrosadas carnes, y aunque podrían ser las siete humanas Tentaciones, seguramente figuran aquí las siete seráficas Virtudes. Tras ellas va la Virgen, una pequeña imagen de corta estatura, sobre las andas que reposan en los hombros de seis fornidos bretones: hay goce y vanidad en sus rudas caras, pues la Patrona va esa tarde con su traje de fiesta, visible apenas el fino rostro de cera, entre sus atavíos de raso y oro. Siguen á la Virgen los músicos, que acompañan la marcha al son de los biniús y las bombardas y al redoble de los tamboriles. Más atrás se extiende una cauda de muchedumbre que

camina lentamente, como un inmenso reptil sombrío, entre las dos veras de campo. Hombres y mujeres han estrenado trajes: hay corseletes de pana, tocas de anchos vuelos, primorosas cofias blancas y faldellines de muy finas labores. Pasan niños absortos y rugosas ancianas y viejos pescadores y marinos sin barba, con las teces curtidas por los vientos del mar. Yo veo con asombro esas caras; y ellos á mí. Son caras de Ceylán, de la China, de Dongolia y del Thibet. ¿Qué sabio conoce el misterioso origen de esta raza?... Y como mi cochero se ha sacado la boina yo también me descubro y bajo con unción la cabeza, sobre el pescante de mi coche, mientras el cortejo pasa junto á él, y coro y música se alejan por la carretera que cruza el campo sin árboles...

Quando yo llegara á la iglesia de Saint-Hernot, la Virgen, que había salido á bendecir las sementeras, volvía á su santuario. La iglesia es una tosca nave de piedra, decorada de pavorosos íconos y flores. Al regresar la procesión, entrará allí toda la gente que halle cabida, y después de coros y rezos, terminará la ceremonia, para renovar la fiesta por la noche, bailando al son de las mismas músicas. Entretanto, afuera comenzara una especie de feria, en la única calle del villorrio. Se vendía pesca y sidra. Una vieja ofrecía en venta hojas impresas. Como el hecho me sorprendiera, le pedí algunas y vi que estaban escritas en lengua bretona. Compré un «kantik» á N. S. de Rumengol, con letra y música: compro una vida de santa en verso, «Buez Santez Genovefa á Bravant», para cantarse «var eun ton ordinal». Pero mi mejor ad-

quisición es el poema «Ar Roué Gralon-Ha Kear Is», donde se narra el hundimiento de la maldita ciudad bretona, castigada por sus concupiscencias como las ciudades de la Biblia. Es una hoja suelta, con notas sobre el milagro de la Virgen de Rumen-gol, y música, pues el poema se ha de cantar como las rapsodias y las trovas de la Edad Media. Lo más admirable de toda ella, es el grabado que la decora: parece una obra de los primitivos y sin embargo, esa figura tiene perspectiva y extraordinario movimiento: se ve en el horizonte las puntas de las torres ya sumergidas bajo el agua, y sobre las ondas galopan un santo y el Rey Gralón, que se salvó del castigo y pudo fundar el templo cuyos restos quedan en Landevenec. Es el momento en que, por orden del cielo, arroja al mar á su hija, la causa del desastre: el cielo está tenebroso y los caballos van galopando sobre las ondas con una expresión de pavor humano...

Como veo que la concurrencia se empieza á rē-tirar, me apresuro á volver de Saint-Hernot, pues quiero estar en Quélern antes de que haya entrado la noche. Emprendemos el regreso por el mismo camino, y mientras el coche marcha, voy descifrando mi poema del Rey Gralón. Está escrito en octosílabos de rima pareada, y separado en estrofas de á cuatro versos. Como el muchácho que guía mi coche es bretón y sabe un poco el francés, pues ha andado en la escuela, él me traduce torpemente algunas palabras del canto que comienza:

Petra zo neve kear Is
Ma ze ken foli ar iavankis?
M'ar klevan-me ar biniou
Ar bombard hag and delenou?

N'euz e kear Is netra neve
Am ebatou ma ve bembe,
N'euz e kear Is nomet trau koz,
Ann ebatton ma ve bemnoz.

Y mientras leo maquinalmente las estrofas ó me deleito en el grabado que las ilustra, vuelve á aparecer la bahía de Duarnenez, donde se hundiera la ciudad de la leyenda. El agua está tersa en la bahía, sereno el aire, claro el horizonte donde comienza á obscurecer la tarde, y transparente el agua como en los días en que el marino bretón cree ver en el fondo del mar las torres de la ciudad sumergida, cuyas campanas suenan en las noches estremecidas por las borrascas oceánicas...

Yo no sé á qué divina virtud de la imaginación de los hombres, deben estas creaciones del alma popular, como las ficciones de los grandes poemas, el sobrevivir en medio de las civilizaciones más hostiles y de las más ásperas filosofías — pienso mientras contemplo la bahía evocando en silencio todas las tradiciones de Armórica. Los sistemas se derrumban, envejecen los dogmas y se desploman las iglesias; pero la leyenda sobrevive, como en una perpetua juventud, á través de los siglos, vivificando con la poesía del tiempo las bellezas inertes de los lugares. Cuando en un sitio antes indiferente de la tierra, la voz de vuestro guía al señalároslo, dice: — «Hic Troya fuit» — cualquiera clase de hombres que seáis, sentís un soplo de eternidad que pasa sobre vuestra cabeza, al saberos vos mismo sobre ese polvo que pisaron los dioses y los héroes. En medio del general naufragio de la fe, es la leyenda, popular ó literaria,

el único refugio que hoy se puede ofrecer al idealismo de las almas selectas. Y en esta legendaria tierra de Armórica, la isla, el peñasco, el dolmen, la gruta, el cromlech, la iglesia, el lichaven, el calvario, el bosque, el menhir, la fuente, el monasterio, la cruz, la aldea, el camposanto, la ruina, todo ofrece, al nativo y al viajero, el testimonio de su tradición prodigiosa. Hasta los nombres de los lugares tienen un extraordinario poder de sugestión artística, que puebla la mente de profusas imaginaciones. Ora son palabras con sonidos de «eles» y de «enes» que acarician el oído; ora son rudas palabras de articulaciones célticas, sugerentes en cambio por su milenaria ancianidad. Las denominaciones, además, son, por lo general, el epígrafe de alguna historia fabulosa. Aquel peñasco llámase «la Isla Virgen»; esa rada la «Bahía de los Difuntos», esta caverna «el lecho de Morgana». Otros sitios se designan por las palabras aborígenes, descriptivas también, y And-Eured-Ven, por ejemplo, es «las bodas de piedra»; Roc'h-dialec'hnez, «la piedra abierta sin llave»; Rocal-loeron, «la caverna de los bandidos»... Al reconocer en el Finistère, estos paisajes y estas aldeas de Bretaña, siento aún más fuerte que el aire y el color de sus marinas, el encanto de su tradición y su leyenda, sobreviviente con más vigor que en los libros, en los nombres que pueblan de evocaciones el camino. Y como voy visitando Europa con la obsesión de mi país, procurando á cada paso definirlo por comparación, no puedo apartar de mi memoria el recuerdo de la inepticia gubernamental que está allí prostituyendo nuestra nomenclatura geográfica y convirtiendo el mapa de

la República en una de las cosas más abominables del mundo. En nuestro afán de europeizarnos por afuera, en vez de europeizarnos por adentro, vamos borrando hermosos nombres quichuas, pampas y guaraníes, para substituirlos por fechas ó nombres de terratenientes advenedizos. Es preciso afirmar que está más de acuerdo con la verdadera espiritualidad europea, el llamarle á un sitio de allá, Esteco, Salavina ó Abipones, Curuzú-Cuatiá ó Itatí, Guaminí, Bahía Blanca ó Pehuajó, que no la deplorable nomenclatura de casi todos los departamentos de nuestra inespíritual provincia de Santa Fe. Para defendernos de la estolidez modernista y pseudocivilizadora de los que nos están echando á perder el país, sería conveniente que todas esas asambleas que se han arrogado la facultad de bautizar lugares, tuvieran en su seno un poeta encargado de defender los nombres y las bellezas de la tradición. Las razas que tienen una leyenda deben cultivarla, como se la cultiva aquí en Europa. A semejanza de la Armórica, bien que no tan antigua, nosotros tenemos una tradición americana enriquecida por las leyendas de los indios; y la voz que me llega de la bahía prodigiosa, me enseña que si no la tuviéramos necesitaríamos inventarla, pues no hay para la inspiración de los artistas más límpida Castalia, ni más aurífero Pactolo para la riqueza espiritual de los pueblos.